CAPÍTULO XVIII. *Que se dice a Cortés, de parte de Motecuhzuma, que se vaya de la tierra, y se le da otro presente mayor que el pasado; y cómo porque no quiso lo dejaron los indios que visitaban y servían, y acuerda de mudar sitio para más asegurarse. Hace nombramiento de cabildo y renuncia los poderes de Diego Velázquez*

UNCA EL QUE TEME, VIVE DESCUIDADO. Y así Motecuhzuma, como había cobrado temor de el poder de los castellanos a quien él juzgaba por dioses, andaba cuidadoso buscando medios cómo apartar de sí aquellos que con tanto mal le amenazaban; y aunque eran muy errados (como dejamos dicho en el capítulo pasado), pareciéndole los mejores, no hacía sino enviar presentes de oro y plata a Cortés; pero antes que viniese otro, y después de haberle dado este referido, dijéronle el caballero mexicano y el gobernador, que pues la causa de su venida a estas tierras había sido a buscar oro y plata y ya se lo habían dado, según la cantidad que podían, se sirviese de embarcarse y irse a su tierra, y que para el viaje le darían todos los bastimentos que hubiese menester. Fernando Cortés (cuyos pensamientos más se levantaban con las muestras que veía), recibió el presente y no sólo no se movió a irse con él, pero animábase más a llegar a aquel lugar donde decían los embajadores que estaba el señor que lo enviaba, y dioles a entender que deseaba mucho ver al rey y hablarle cosas de mucha importancia, y dio al gobernador y al otro caballero algunas camisas bien labradas, un sayo de seda, gorra y calzas, collares de cuentas de diversos colores y otras cosas de las mejores que llevaba para que se les enviasen. Las cuales recibieron aunque no con mucho placer, porque no veían encaminada la plática como deseaban, y las trajeron a Mexico.

Viendo pues Cortés la mucha gente que bullía y que tantas muestras prometían grandes riquezas (como a la verdad las había entonces en esta tierra), entendió presto la felicidad y abundancia de ella con la agudeza de su ingenio (que nunca le encaminaba a pequeñas cosas), y determinó de parar allí y de probar ventura con ánimo de entrar la tierra adentro; y porque ninguna cosa más cuidado le daba que el puerto, para ver si le habría mejor, envió dos navíos de los menores de la armada que corriesen la costa. En el uno fue Francisco de Montejo; y en el otro Rodrigo Álvarez Chico, con los pilotos Antón de Alaminos y Juan Álvarez, el Manquillo. Mandó que navegasen diez días, costa a costa, lo que pudiesen la vía de Pánuco, porque tenía relación que le habían de hallar por aquella parte. Fueron descubriendo tierras hasta el paraje de el río grande de Pánuco; y de allí se volvieron con mucho riesgo de las vidas por tormentas y falta de agua que les sobrevino; y llegando donde Cortés estaba dieron nueva cómo ocho u diez leguas de allí vieron un pueblo, como puesto en frontera, que se llamaba Chiahuitztla y que cerca de él estaba un puerto que parecía a los pilotos que en él podrían estar los navíos seguros de el norte.

Pasados seis días que el caballero mexicano con el gobernador Teuhtlille se apartaron de Cortés, volvió el mismo gobernador con otro presente de muchas mantas ricas de algodón y pluma y joyas de oro y plata para que se diesen a Fernando Cortés (pues tanta ansia tenía de aquellos metales), con orden que le aprestase mucho para que fuese y que bastase el buen acogimiento que se le había hecho; y que si no quisiese irse que lo desamparasen todos y lo dejasen y que no se le acudiese con cosa ninguna. Diole el presente y díjole claramente lo que su rey le mandaba. Fernando Cortés todavía le dio a entender que quería ir a verle; pero el gobernador dijo que no lo había de hacer porque su señor así se lo mandaba; y quedando desavenidos fuese Teuhtlille y dejó mandado que toda la gente de indios que allí estaba sirviendo se fuese en llegando la noche y que ninguno quedase. Hízose así. A la mañana se hallaron todos los ranchos de aquella gente despoblados, por lo cual comenzó Fernando Cortés a proveer en su quedada por otra forma y manera. Mandó (temiendo que algún ejército de Motecuhzuma fuese sobre él) que se recogiesen a los navíos los bastimentos que se guardaban y conservaban de respeto y otras cosas, porque con la priesa no se perdiese algo y estábase muy sobre aviso y con las armas en las manos y pudo facilísimamente Motecuhzuma poner en ejecución lo que Cortés temía y recelaba; pero como estaba acobardado y le hacían más guerra sus temores que la poca gente que en la playa tenía, no trataba de ofenderlos con armas sino de acariciarlos y vencerlos con dones.

Nunca el miedo salió con victoria ni el temeroso ganó honra con que pudiese celebrar su nombre en el mundo. Salía un solo hombre en el campo de los filisteos a desafiar al pueblo de Israel,[1] y temblando el rey Saúl con todos los suyos, no sólo nó le hacían mal ni le acometían, pero sufrían con grande mengua y menoscabo de su honor las afrentas y blasfemias que decían: ¿qué gloria sacó Saúl de esto? Ultraje y befas de sus enemigos. Está Motecuhzuma con un imperio tan lleno de gente que eran más que hormigas, y a una sola voz que diera juntara hombres cuasi infinitos con que pudiera defender sus tierras y ofender a los contrarios poniendo en huida al enemigo; y no sólo no lo pone en ejecución, pero en lugar de oprimirle él mismo sin guerra se deja vencer y se rinde; y como dice el salmista:[2] temieron mucho donde no había temor ni qué temer.

A esta sazón que Cortés se estaba asegurando y previniendo se hallaba de centinela Bernal Díaz del Castillo con otro soldado y vieron cinco indios que se acercaban a ellos por la playa. Dejáronlos llegar y con alegres rostros, hecho su comedimiento por señas, pidieron que los llevasen al ejército. Fue con ellos Bernal Díaz y puestos delante de Cortés le saludaron en lengua que no se entendía; pero por saber lengua mexicana hablaron con Marina, y en ella dijeron que fuese bienvenido y que el señor de Cempoalla los enviaba a saber quiénes eran; porque entendidas las nuevas de lo que había pasado en Tabasco, los tenía por muy esforzados y que antes hubieran ido a verle, si no fuera por temor de los de Culhua. Preguntóles

[1] Reg. lib. 1 cap. 17 vers. 8 et 12.
[2] Psal. 13.

que dónde era Cempoalla. Ellos dijeron que un sol de allí, poco menos; que así cuentan ellos sus jornadas, y que el término de su tierra estaba a medio camino, en un gran río que partía términos con tierras del gran señor Motecuhzuma y que su cacique los había enviado a ver qué gente o dioses venían en aquellos teocalles (que es como decir templos, u casas de Dios). Tratólos bien Cortés y halagólos mostrando haberse holgado mucho en haberlos visto, en oírles las buenas nuevas de su señor; dioles algunas cosillas de rescate que llevasen y mostróles las armas y caballos, cosa que nunca ellos vieron ni oyeron; éstos no se hablaban ni trataban con los mexicanos, porque eran de lenguaje diferente que ahora llamamos totonaques; y preguntada la india intérprete de la cualidad de aquélla, dijo que no sólo eran de lengua diferente, mas que también eran de otro señor no sujeto a Motecuhzuma, sino en cierta manera y por fuerza. Mucho se holgó Cortés con tal nueva, y con este buen principio los metió en su tienda y les preguntó por los señores que había por aquella tierra; ellos respondieron que toda ella era del gran señor Motecuhzuma, aunque en cada provincia u ciudad había señor por sí; pero que todos ellos le pechaban y servían como vasallos y aun como esclavos, mas que muchos de ellos, de pocos tiempos a esta parte, le reconocían por fuerza de armas y daban parias y tributo, que antes no solían como era el suyo de Cempoallan y otros sus comarcanos, los cuales andaban siempre en guerras con él por librarse de su tiranía; pero que no podían por ser sus ejércitos grandes y de muy esforzada gente. Cortés muy alegre de hallar en aquellas costas y en toda esta tierra unos señores enemigos de otros y con guerra para poder efectuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra, ofrecióles su amistad y ayuda, rogóles que viniesen muchas veces a su ejército y despidiólos con muchas encomiendas y dones para su señor y que presto le iría a ver y servir.

Ya le faltaba el bastimento a Cortés y el cazabi se apocaba y estaba mohoso y aquel sitio de los arenales era caluroso y desacomodado; y los mosquitos chicos y grandes, así para de día como para de noche eran muchos y muy penosos. Determinó Cortés de mudarse al pueblo que Francisco de Montejo y los demás dijeron que habían visto en la costa y ponerse al abrigo del peñol. Los deudos, amigos y parciales de Diego Velázquez le dijeron que para qué quería hacer aquel viaje, sin bastimentos, hallándose con treinta y cinco soldados dolientes y algunos heridos de los de Tabasco, que no habían acabado de curarse y que siendo la tierra tan grande y tan poblada un día o otro habían de tomar las armas contra ellos, y que por esto sería mejor volver a Cuba para tornar con mayores fuerzas. Fernando Cortés bien descontento con tal motivo respondió que no era buen consejo; pues hasta aquel punto no se podían quejar de la fortuna, antes habían de dar gracias a Dios que hasta entonces les había ayudado, y que por esto era bien acabar de saber lo que había en la tierra adonde se veía mucho bastimento y otras cosas y que se sabrían dar tan buena maña que de ellas se pudiesen aprovechar; con lo cual se sosegaron algo los inquietos, aunque siempre había murmuraciones y corrillos.

Puestos en paz y sosiego estos que se habían comenzado a alborotar, metióse la tierra adentro con hasta cuatrocientos hombres a buscar bastimentos; y tres leguas andadas por aquellas partes, que iban y venían, los que los habían estado sirviendo, dieron en un muy hermoso río, aunque no muy hondo, porque se pudo vadear a pie; halló en pasando el río una aldea desamparada de sus moradores con miedo de su ida. Entró en una casa grande, que debía de ser del mayor del pueblo, hallóla muy abastecida de miel, maíz, frijoles y otras cosas de comer y sacaron de ello, y mandó el capitán, pena de muerte, que nadie tomase oro ni plata ni otras ropas que el señor tenía y lo mismo se hizo en las demás casas, y sólo se aprovecharon de los bastimentos. Pasaron adelante y anduvieron de esta manera otros tres o cuatros pueblos sin hallar gente en ellos, que todos, con el miedo de su llegada, se huían y dejaban sus casas; tornóse a su puesto a la playa, porque por allí no hacían fruto ninguno. Y como su pensamiento fue siempre establecer bien su poder sobre aquella armada, cada día con mucha industria desde que salió de Cuba, fue ganando amigos y movido del caso referido se movió más su deseo, especialmente habiendo conocido que aquella era riquísima tierra. Y para conseguirle trató, con los que más se fiaba, un extraño artificio que nunca les faltan tales a negociantes, en especial si los casos son de interés y honra, el cual fue renunciar en manos de todo el ejército el cargo que llevaba como teniente de Diego Velázquez, con que quedaría desobligado de obedecerle ni recibir orden suya y asegurado de no ser revocado.

Para ejecutar su intento este mañoso capitán les habló a todos, diciendo que ya veían cuánta merced les había Dios hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien a una tierra tan buena y tan rica, según las muestras y apariencias que habían visto en tan breve espacio de tiempo, cuán abundante de comida, poblada de gente, más vestida, más pulida y de razón y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habían visto en Indias; y que era de creer ser mucho más lo que no veían que lo que parecía; por tanto que debían dar muchas gracias a Dios y poblar allí y entrar la tierra adentro a gozar la gracia y mercedes del Señor, y que para poderlo hacer mejor le parecía asentar en aquel sitio o en otro mejor que por allí pudiesen hallar y descubrir, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza, para defenderse de aquellas gentes de la tierra que no holgaban mucho con su venida, ni estada en ella, y también para poder tener más fácil la amistad y contratación con algunos indios y pueblos comarcanos como era Cempoalla y otros que había contrarios y enemigos de la gente de Motecuhzuma; y que asentando y poblando podían descargar los navíos y enviarlos luego a Cuba, Santo Domingo, Xamayca, Boriquen y otras islas u a España por más gente, armas y caballos y por más vestidos y bastimentos; y que juntamente con esto, era razón enviar noticia y relación de lo que pasaba a España, al emperador y rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenían.

A los que tenía parciales y por suyos les dijo en secreto que si volvían a Cuba se perderían, pues Diego Velázquez los tomaría lo que llevaban y

que perderían la gran riqueza que aquesta tierra mostraba; y porque conocía que nada más les convenía que poblar en ella les persuadía diciendo: que no diesen lugar a que la gozasen otros. Ofrecía que como capitán general nombraría cabildo u regimiento para poblar, y señalaría los demás oficiales en una república necesarios, y que después ellos todos le elegirían en nombre del rey. No pasó esto tan secreto que los de la parte de Diego Velázquez (que eran en mayor número) no lo supiesen; y así le dijeron que no anduviesen en secretos sino que tratase de embarcarse, pues que no había bastimentos para poblar. Con mucha paciencia respondió Cortés que le placía y que no iría contra las instrucciones y memorias del señor Diego Velázquez, y mandó echar bando que otro día la gente se embarcase cada uno en el navío en que había ido. Los que seguían su parte, que ya estaban de acuerdo todos juntos, respondieron que no era bien hecho haberlos llevado engañados pues había mandado pregonar en Cuba que iba a poblar y rescatar y que por tanto le pedían que poblase, porque hacerlo era un muy gran servicio de Dios y del rey. Con ésta y otras razones dejando libertad para que quien quisiese se volviese a Cuba, Fernando Cortés aceptó lo que deseaba haciéndose mucho de rogar y con condición que le nombrasen por capitán general y justicia mayor y le diesen otro quinto de todo el oro que se ganase después de sacado el del rey. De esta manera se fundó la Villa Rica y se nombraron los oficiales de esta nueva república (como lo referimos en el libro del gobierno de esta tierra). Hecho esto, hizo otro auto Cortés ante el escribano, ante quien todo esto pasaba y ante los alcades nuevos en que dejó, desistió y cedió en manos y poder de ellos y como justicia real y ordinaria el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes gerónimos que residían y gobernaban en la Isla Española por su majestad y que no quería usar del poder que tenía de Diego Velázquez, lugarteniente de gobernador en Cuba, por el almirante de las Indias para rescatar y descubrir buscando a Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenía mando ni jurisdición en esta tierra que él y ellos acababan de descubrir y comenzaban a poblar en nombre de el rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos, y así lo pidió por testimonio y se lo dieron.

CAPÍTULO XIX. *De cómo habiendo fundado Cortés la Villa Rica pasa a Cempoalla, y del recibimiento que se le hizo*

ÍZOSE EL ASIENTO DE LA VILLA RICA como dejamos dicho en el capítulo pasado y el nombramiento de sus oficiales; pero de la dicha elección blasfemaron mucho todos los de la parte de Diego Velázquez, especialmente los capitanes Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Francisco de Morla Escobar y el padre Juan Díaz y otros principales y todo género de personas, afirmando ser traición que contra Diego Velázquez se cometía, y ser derechamente contra las instrucciones que le había dado. Viendo